

virtudes que el deleite sensual; con el goce de dichos placeres, se destruye el vigor del alma; la fuerza, la constancia, el valor, el celo, la actividad, el amor al trabajo, el genio para las empresas grandes y sublimes, todo se hunde en el golfo de la molición y de la disolución. Pero lo que merece particular observación, son los efectos terribles de este vicio respecto á la sociedad. No hay cosa mas inmediata á la crueldad que la impureza, dice uno de los mas juiciosos escritores de este siglo: el hombre degradado por estas sensaciones brutales, cae en el egoísmo mas bestial, y no considera á sus semejantes sino como instrumentos de sus placeres, el juguete de sus pasiones, la víctima de su cólera, de su mal humor, de su capricho.... observación que confirman las historias de Neron, Atila, Mahomet II, y de todos los tiranos que han desolado el linaje humano.

131. *P.* ¿Pero no ha habido hombres doctos, que han hecho el elogio de Epicuro?

R. Sí, los ha habido, como ya lo hemos insinuado: pero no por eso Epicuro es mejor, y estos doctos han empleado bien mal el tiempo. Yo siempre creeré mas á los santos Padres, y á Ciceron, Plutarco, Cumberland, Fabricio, al cardenal de Polignac, etc., etc., que á los apologistas de Epicuro. Un poeta antiguo hizo la apología de Filene; otro orador la de Busiris; Cardano compuso el elogio de Neron, etc. Pero, lo que no era en estos escritores mas que un juego de ingenio, ha venido á ser moda, y como ceremonial en la nueva Filosofía, y una empresa seria para los filósofos: *Quoniam laudatur peccator in desideris animæ suæ, et iniquus benedicitur.* (Ps. x.) Ellos queman y ofrecen á manos llenas incienso á Juliano Apóstata: pretenden justificar las persecuciones de Neron, de Domiciano, Decio, Maxencio, Diocleciano, etc.; pero vomitan mil dicerios contra Samuel, David, Constantino, Carlo Magno, San Luis, San Fernando, etc. En una palabra, y para que el prudente lector se penetre de su conducta en esta parte; desprecian todo cuanto ha sido estimado hasta el presente, y estiman, elogian, y encarecen cuanto el buen sentido ha despreciado hasta ahora. Que es decir, en expresión de San Jerónimo, trabajan por volver niños á los hombres,

tratando de hacerles olvidar todas las ideas recibidas, y cuantos conocimientos habian adquirido: *Senis linguam mutare, et canescentem jam mundum ad infantiam retrahere parvulorum.* Además, ¿no se podrá formar algun juicio de la conducta de Epicuro por la de nuestros modernos filósofos, que siguen su sistema? Pues los que entre ellos tienen fama, y opinion mas sentada, y que se miran por los otros como modelos y ejemplares de virtud, han hecho avergonzarse á los que los han tratado de cerca¹. «Yo tenia (dice Rousseau, *Œuvres divers.* t. I, pág. 152) á todos estos grandes escritores por hombres modestos, prudentes, virtuosos, irrepreensibles: me formaba las mas puras, las mas angelicales ideas de su trato, y yo me hubiera atrevido á acercár á la casa de ninguno de ellos sino como á un santuario: pero al fin los ví, los traté; y aquella mi preocupacion pueril se ha desvanecido; y puedo decir con verdad, que es el único error de que me han sacado². ¿Piensan acaso que se ignoran las particularidades de su vida, y que todos los hombres generalmente se dejan deslumbrar de los elogios pomposos que hacen de la virtud³?»

1 Véase el art. *Cacouacs* en el *Diccion. antifilosófico*, que es un retrato alegórico del carácter y costumbres de nuestros filósofos: tambien *les Mémoires nouveaux pour servir à l'histoire des Cacouacs*, par M. Moreau, 1757. *Catéchisme, ou Décision des Cas de Conscience*, par l'Abbé de Saint-Cyr, 1758. *Mémoires philosophiques du baron de...*, par l'abbé de Crillon, 1777. *Confidence philosophique*, par un ministre de Genève, 1777. *Fanatisme des philosophes*, par Linguet.

2 Humé no habla mejor de Rousseau que Rousseau de los otros filósofos, y á boca llena le llama *Serpiente fomentada en el seno de la amistad*. (Ninguna cosa hace formar mas exacto concepto de las perdidas costumbres de R. que sus *Confesiones*: V. *hic.* t. I, p. 133, . 2, p. 83). Conviene mucho y es muy importante observar bien á los enemigos de la Religion. El conocimiento de su carácter y de sus costumbres, conducta, temple de ingenio y de su corazón, es acaso el medio mas sencillo y seguro para preservarse de la corrupción de sus escritos. Entonces naturalmente se dice uno á sí mismo, ¿y son estas las guías que he de seguir, los modelos que he de imitar, los ídolos á quienes he de dar incienso?

3 Acaso no se ha hablado nunca tanto de la virtud, ni admirado

132. *P.* Pues ¿de dónde proviene que en todas las obras modernas se leen tantos y tan pomposos elogios de los principales corifeos del partido filosófico?

R. Las alabanzas que estos mutuamente se dan y reciben de la multitud de incrédulos rutineros, á quienes el mecanismo de una estólida admiración ha hecho como el eco de la irreligion de sus jefes, no sorprenden á los sensatos, ni á las personas instruidas. En todos tiempos los enemigos de la Religion y de la fe se han valido de este medio para propagar sus errores. « Seguir su » partido es el mayor mérito; oponérseles, el descré- » dito mayor, decia Bourdaloue (*Serm. del ciejo de ná- » cimiento*). Si sois del partido, no os fatiguis por ad- » quirir conocimientos, ni virtudes, talento ni probidad: » vuestra adhesion suple por todo; carácter particular » de la herejía, cuya propiedad ha sido, y es, levantar » hasta los cielos á sus fautores y sectarios, y abatir » hasta el polvo á los que se han atrevido á impugnarla » y combatirla. La táctica de los herejes ha sido siem- » pre venderse, primeramente á sí mismos, y despues á » sus secuaces, por hombres raros y extraordinarios. » Todo lo que les pertenecia ó adheria, era grande, y » sólo el título de amigo suyo era un elogio completo. » Al oírlos no se diria: no que todos eran ingenios su- » blimes, unos prodigios de ciencia y de virtud, etc. » « No olvideis, dice (M. L.), que todas las personas del » partido se canonizan mutuamente; de ellos puntual- » mente se puede decir con Isaías: *Beatificant et beatifi- » cantur.* (ix.) » Un célebre orador latino (*Commir. Orat. de arte parandæ famæ*) se expresa con bastante gracia sobre el particular: « Ejercen, dice, una especie » de monopolio de fama, y un trato de compañía de » elogios y alabanzas. Alaban para que los alaben. Dan

y ensalzado esta modificacion admirable del alma inteligente como en este siglo. No parece sino que con el uso frecuente de este nombre respetable, se nos quiere consolar en algun modo de la pérdida de ella, ó mostrar el disgusto que se experimenta en vernos privados de sus delicias, que la irreligion ha desterrado de la tierra, y seguir con lastimeras miradas la pérdida de un bien, cuyo valor nos hace conocer su falta misma: *Virtutem videant, contabescantque relicta.* Pers.

» gloria á usura á sus amigos, y en cambio la reciben » de ellos: á todos los demás muerden y censuran con » diente dañino. » *Exercet quasi quædam monopolia famæ, et societates laudum. Laudant mutuo, ut laudentur. Favore gloriam dant, et accipiunt; cæteris omnibus obtreçant.* Por eso un ingenioso poeta dió á un Príncipe, que parece que no amaba mucho á los filósofos, el siguiente aviso:

¿Y no temeis por ventura
De la milicia moderna
Á oficiales y soldados,
Y al menor de sus banderas,
Que erigiéndose por jueces
Del valor y la grandeza,
No venguen ese desprecio
Que al Filosofismo altera?
Del templo de la Memoria
Se han hecho los centinelas;
Y á su voluntad y antojo
Se abren, ó cierran las puertas.
De tan sagrado recinto
Su voz arroja y desecha
Aun á los mismos Monarcas,
Sin respeto á la diadema,
Cuyo esplendor realizaron
Con sus religiosas prendas,
Si á este mérito no juntan
Seguir ó admirar la secta.
Para adquirirse su estima,
Aun aquel que más que César
Fuese grande, debería
Inscribirse en su caterva;
Y al resplandor de la antorcha,
Que únicos tener se precian,
De populares errores
Impávido hollar la venda.
Sus votos incorruptibles
Por esta segura regla
Distribuyen los honores,
Y la estimacion dispensan.
Á un Juliano divinizan;
Y con la cordura mesma
Á un Constantino, y Teodosio,
Como á tiranos increpan.

¡Ah! nunca, Príncipe amado,
 Formar vuestra historia emprendan:
 Que aunque superior á Tito,
 Ó á Carlo-Magno yo os viera,
 No quedara vuestra gloria
 En lo porvenir ileña.

Carta á M. Conde de Falkenstein en Tournay, 1778.

§ 3.

133. *P.* ¿No hay hombres para quienes la Religion es inútil, y á los cuales ella ni refrena ni corrige mas que lo haria el ateismo? Bayle cree que esta observacion favorece mucho á la incredulidad.

R. 1º Para saber si la fe y creencia de un Dios ha hecho ó no mejores á estos hombres, convendria saber lo que habrian sido si hubiesen profesado el ateismo. Ese mismo á quien la Religion no apartó de robar, hubiera tal vez incendiado, devastado y asesinado, si no hubiese tenido ninguna. Hay siempre una gran diferencia entre un mal cristiano y un incrédulo. Por malo que se figure á un hombre que cree en Dios, y que conserva su fe; por inexcusables que se supongan sus vicios, sin embargo siempre hay muchos motivos para desconfiar menos de su probidad que de la de un incrédulo, sujeto y abandonado á las mismas pasiones. En el primero el vicio es una debilidad, contra la cual reclama la Religion: la persuasion en que está de que su conducta no es buena, y sí muy peligrosa para él, da margen para esperar que tarde ó temprano se corregirá, ó que se contendrá en cometer otros delitos que condena la Religion con mayor severidad. En él siempre se encuentra una regla segura, que le guía en el juicio que forma de lo que es bueno; y lo que es malo; y si la vehemencia de las pasiones le hace olvidarse de seguir esta regla en ciertos puntos, no es de pensar, ni se debe presumir que se apartará de ella en todos. El incrédulo, al contrario, no ve en el vicio que ama sino una consecuencia de su doctrina. Las pasiones produjeron en él la incredulidad, y la incredulidad en correspondencia autoriza, é inflama las pasiones. En dejando

correr á éstas libremente, no se les puede señalar va término, ni decir hasta donde llegarán, ni donde se precipitarán; son como un caballo desbocado, que no se puede saber á donde se detendrá: lo único que se sabe de cierto es, que no hay exceso á donde no puedan llevar á un incrédulo, si él mide sus pasos puramente por sus principios. Su rectitud y bondad natural es el único apoyo de su virtud; pero estos sentimientos, es preciso repetirlo, tienen necesidad de estar sostenidos por las máximas de la Religion. Sin este cimiento, el edificio carece de solidez, y el soplo mas ligero de las pasiones basta para derribarle. Tales y tan preciosas son las ventajas de la Religion y de la fe. Esta eleva á los que la obedecen á una santidad sublime; y al ménos puede salvar la probidad ú honradez en el naufragio de las costumbres; pero la incredulidad al contrario, no deja asilo ninguno á las virtudes morales, despues de la pérdida de las virtudes cristianas.

2º Si la Religion no corrige á todos los hombres, corrige á muchísimos. ¿Es acaso inútil un remedio porque no curan con él todos los enfermos?

3º Pero á pesar de lo que dicta la Religion se cometen delitos. — « Cierto: ¿ luego la Religion es causa de ellos? Sofisma ridículo, que deberia causar rubor el proponerle. Otro tanto valdria decir: A pesar de que dictan la razon, la filosofia y las leyes civiles, se cometen delitos en la sociedad: luego las leyes, la razon, la verdadera filosofia són la causa: luego son tan perjudiciales como el ateismo. Hay sofismas que en su misma ridiculez llevan la contestacion. Así les responde el autor del *Espiritu de las Leyes*. »

134. *P.* Pero las *Leyes civiles*, el *Honor*, la *Educacion*, etc.; ¿no son bastantes para contener las pasiones mas vivas y violentas de los hombres, y aun un fundamento mas sólido de la virtud que lo pueden ser los sentimientos de la Religion?

R. No. Las *Leyes civiles* no tienen mas objeto que el bien temporal y los intereses de la sociedad, y no refrenan sino lo exterior del vicio. Pero la Religion regula el espíritu y el corazon del hombre, proscribela los vicios secretos igualmente que los públicos, condena los deseos

y la ejecución, la obra mala y la voluntad ó pensamiento de hacerla; además, la impunidad tan ordinaria en el tribunal de las leyes, está desterrada del tribunal de la Religión¹. Las *Leyes civiles* pueden ser injustas, imprudentes, contrarias á la razón, y muchas veces son contradictorias; varían según los climas, gobiernos é índole de los legisladores. ¡Buen fundamento por cierto! ¡qué firme, sólido y constante para la virtud! Los incrédulos, siempre en contradicción consigo mismos, y siempre inconcipientes en todas las partes de su sistema, afirman que la Religión es una invención de los legisladores, necesaria para sostener su autoridad, y el vigor de las leyes; ¿pues cómo quieren que las leyes basten por sí solas, y sin ningún otro auxilio para sostener y arreglar las pasiones:

2º El *honor del ateo*, de acuerdo sin duda con su razón, exige gozar cuanto pueda en este mundo, y que ninguno se oponga impunemente á sus intereses. Por consiguiente, en este sistema el honor es tan quimérico como la virtud.

3º La *educación* no es otra cosa que la enseñanza de los principios que deben formar la conducta de los niños. Pues hé aquí lo que en los suyos le dirá un ateo á su hijo. «Tú nada tienes que temer, ni que esperar de Dios: puedes ocultarte á los ojos de los hombres: no

¹ Lucrecio llama en auxilio de las leyes al sueño y á la calentura. «Es muy factible, dice él, que un malvado descubra sus crímenes durmiendo ó soñando, ó en el delirio de una fiebre, y entonces ya no quedan ocultos.» No hay mas que decir: Un filósofo que substituye tales recursos á la fe de un Dios, en verdad que ó es un delirante, ó está soñando. Véase como Lucrecio establece esta sublime doctrina, que da una idea del embarazo de los ateos en esta parte.

Non facile est placidam, ac pacatam degere vitam
Qui violat factis communia fœdera pacis;
Etsi fallit enim Divum genus, humanumque,
Perpetuo tamen, id fore clam diffidere debet.
Quippe ubi se multi per somnia sæpe loquentes,
Aut morbo delirantes protraxe feruntur,
Et celata diu in medium peccata dedisse.

L. 5 de rerum nat.

» tendrás felicidad sino en cuanto sepas procurártela: » para alcanzarla las pasiones te servirán de guía.» No hay duda que con tales consejos, este hijo llegará á ser un espejo de virtud. «Apartad, dice Rousseau, la idea » de un Dios justo y remunerador, que premia á los » buenos y castiga á los malos; y yo no veo sino in- » justicia, hipocresía y mentira entre los hombres: el » interés particular, que prevalece necesariamente á » todas las demás cosas, enseña á cada uno á cubrir el » vicio con la máscara de la virtud. *Que hagan todos » los hombres mi felicidad á costa de la suya; que todo » se refiera á mí solo; que el género humano perezca » entre tormentos, y envuelto en la miseria, si es neces- » rio para evitarme á mí un momento de pena, de hám- » bre, de dolor; ¿qué me importa? viva yo, y mas que » perezcan todos.* Hé aquí el lenguaje interior de todo » incrédulo que raciocina como tal. Sí, lo sostendré in- » terin tenga un soplo de vida: el que ha dicho en su » corazon, no hay Dios, y se expresa de otro modo, es » ó un embustero, ó un insensato.»

135. P. El supersticioso, que se forma ideas falsas de Dios; no es peor que el ateo que simplemente niega su existencia? Tal es á lo menos el parecer de Plutarco y de Bayle.

R. Si lo será; pero el ateo es infinitamente peor: 1º Respecto de Dios, cuyo atributo mas esencial niega; á saber, la existencia, y por lo mismo ofende en el modo mas directo á la naturaleza del Sér necesario. 2º Lo es tambien respecto de la sociedad, cuyo fundamento trastorna, y cuyos vinculos rompe.... En cuanto á Plutarco, es cierto que afirmaba queria mas bien se dijese de él, que *Plutarco no existia*, que no oír: *Plutarco es malo*¹: pero en primer lugar, no es necesario que existiese Plutarco. 3º Su existencia (de Plutarco) no era de una importancia tan grande para la sociedad en comun. 4º Los supersticiosos, formándose ideas falsas de la Divinidad, no piensan injuriar al Sér supremo; sino antes bien atribuirle cualidades que creen compatibles con

¹ El sentimiento mas digno de un cristiano seria decir: *Mas querria no vivir que pecar.*

sus perfecciones infinitas. Para confutar á Bayle bastará referir aquí las palabras de su copiante *Voltaire* (*Traité de la tolér.* c. 20). « Cuando los hombrés, dice este, no tienen ideas justas de la Divinidad, las suplen con otras falsas; á la manera que en tiempos calamitosos se trafica con moneda mala, á falta de la buena. El pagano temia cometer un delito por temor de que sus dioses no le castigasen: el Malabar teme igualmente el serlo por sus pagodas. »

§ 4.

136. P. Los estragos que ocasionaria el Ateismo en la sociedad ¿ pueden contrabalancear los que ha ocasionado el Fanatismo?

R. El Fanatismo, que es un celo ciego, y arrebatado por cosas religiosas, ó que se miran como tales, es ciertamente un mal, que la misma Religion desapruébala¹; pero es incomparablemente menor que el Ateismo. « El Fanatismo, aunque sanguinario y cruel, dice Rousseau (*Emile*, t. III, p. 198), es sin embargo una passion fuerte y grande, que eleva el corazon del hombre; mientras que la irreligion, y en general el espíritu filosófico le apegan á la vida, afemina, envilece el alma, y concentra todas las pasiones en la vileza del interés. Si el ateismo no hace derramar la sangre humana², esto no tanto procede de amor á la paz, como

¹ En los principios de los cristianos, especialmente de los católicos, el entusiasmo y el fanatismo difícilmente hallará entrada en las personas sensatas, porque entre los católicos la regla de creer y obrar está descripta y establecida en un depósito público y comun de doctrina, sacado de la revelacion y de la razon, y todo lo que es contrario á esta regla está reconocido por ilusion, ó por una imaginacion vituperable.

² La revolucion de Francia nos ha desengañado en esta parte. « La lista de los proscriptos en los tribunales revolucionarios, nos dice la obrita *Influence de la Philosophie dans les forfaits de la Révolution*, ocupa 12 tomos en-8° de impresion muy medida, y esto sin contar los de las matanzas horribles del 2 y 3 de septiembre, las mortandades en masa de las Neveras, los sumergidos bárbaramente en Nantes, las deportaciones, etc. » y esto fué un ensayo: ¿ qué seria si reinase en toda la tierra? Lo he-

» de indiferencia por el bien. De cualquiera manera que vayan las cosas, le importa poco á este pretendido » sabio, con tal que á él le dejen quieto en su gabinete. » Sus principios no hacen degollar á los hombres, pero » les impiden nacer, corrompiendo las costumbres. » Él dice poco mas ó menos lo que aquel pastor desesperado, de quien nos habla Virgilio en la *Égloga 8ª*: *Omnia vel medium fiant mare*. A mí ¿ qué me importa el bien del Estado, la gloria, y la felicidad de mis semejantes? Mi alma privada de sus esperanzas, desengañada de su inmortalidad, apartada del culto que formaba su comunicacion con el cielo, con los hombres, y con todas las partes de la creacion, queda aislada y degradada; reducida á la naturaleza y condicion de los brutos, da á sus pretensiones y fines los mismós límites, y las mismas solicitudes. — El Fanatismo irritado contra el objeto que persigue, en todo lo demás está retenido por la voz de la Religion; el Ateismo lo permite todo, y no pone límites á sus estragos. — Porque un preso furioso se sirve de sus cadenas para matar á uno de sus compañeros, ¿ se deberá decir que seria menos temible, si no estuviese encadenado? — El Fanatismo es un mal pasajero, una fiebre, digámoslo así, de que el enfermo se libra con la fermentacion de la sangre: el Ateismo es un mal habitual, que roe y consume sin descanso: si no siempre está furioso, su mismo silencio, dice un filósofo, hace horrendos estragos: este silencio es el de la muerte. Se han escrito historias ridículamente exageradas del Fanatismo, y de los males que ha producido; mas si el Ateismo hubiese dominado sobre la tierra, no habria quedado quien pudiese escribir sus desolaciones; la especie humana á poco tiempo se hubiera aniquilado, como habria sucedido en tiempo de Caligula, si hubiera tenido una sola cabeza que cortar¹. El Ateismo tiene tambien sus fanáticos: testigo Vanini: testigos los jóvenes ateos de Abbeville, condenados por decreto del par-

mos dicho otra vez; pero conviene no se olvide esta leccion tan imponente, que últimamente nos ha dado. V. mas adelante.

¹ Este tirano deseaba que la especie humana tuviese una sola cabeza para poderla destruir de un solo golpe.

lamento de París¹. Lucrecio enseña que el desprecio de los Dioses agitaba con vehemencia todas las potencias, todos los resortes del alma de Epicuro². *El Sistema de la naturaleza* decide que es imposible no acalorarse en favor de una cosa que se cree muy importante. Ahora bien: ¿qué autor ha habido que haya dado mayor importancia que este á su sistema? Los editores no cesan de llamarle *importante, importantísimo*. ¿Qué quiere decir aquel furor inquieto de hacer prosélitos, que tan justamente impropia Rousseau á los ateos? ¿no es un verdadero fanatismo? Los manejos é intrigas del partido filosófico que domina en este siglo, los excesos ridículos á que llegó en 1778 en la muerte de su viejo jefe (Voltaire), sus furros atrozísimos contra todos los que se oponen á sus progresos; aquella pretension, aquella altivez de la ignorancia unida con la impiedad, ¿qué otra cosa son sino un puro fanatismo³? Pues si todo fanatismo es execrable ¿qué diremos de éste? ¿qué nombre le daremos? y si el fanatismo es el único que puede disputar al ateísmo la preeminencia entre las plagas y azotes del género humano, ¿qué diremos de estos dos monstruos juntos? Terminaremos por último esta materia diciendo con el filósofo que tantas veces hemos opuesto á los ateos.

Es de un Sér Soberano la existencia
Lazo social que al universo liga;

1 Ellos insultaban públicamente las pompas mas solemnes de la Religion, despedazaban los Crucifijos y las santas Imágenes; imitaban por irrision los santos misterios, adoraban libros impíos y obscenos, postrándose delante de ellos, etc. Véase el decreto del Parlamento de París de 4 de junio de 1766. La misma escena se renovó en Lieja el 1779.

2 Quem nec cura Deum, nec fulmina, nec minitanti
Murmure compressit cœlum, sed eo magis acrem
Virtutem irritant animi. *L. 1. de nat. rerum.*

3 El orgullo, la presuncion, una fantasia exaltada, la ignorancia, un espíritu de independencía; tales son, dice Hume (*Essais mor. Essai 12.*), las verdaderas fuentes del fanatismo. Dejo al lector que juzgue si estas cualidades se hallan mas bien entre los adoradores de un Dios, ó los que niegan su existencia y su culto. Véase el *Fanatismo de los filósofos* de Linguet, el cual tal vez tenia tambien el suyo.

Un freno del malvado, á quien castiga,
Y un apoyo del justo á la inocencia.
Si en su esplendor y brillantez tan vario
El cielo manifiesta no la hiciese;
Si, lo que es imposible, Dios no hubiese,
Sería el inventarle necesario.

Anúncielo del sabio el puro celo:
Y vosotros, ó Reyes poderosos,
Si os burlais de mis llantos dolorosos,
Temblad; un vengador tengo en el cielo¹.

Voltaire, carta al autor del libro de los tres Impostores.

1 La imposibilidad de conservar la sociedad humana, procurar su seguridad y la felicidad de sus individuos sin la idea de un Dios, debe mirarse como una demostracion de su existencia. Su nombre en verdad está escrito sobre todas las partes del universo: la grandeza y belleza de la obra publican el poder y sabiduría del artífice. Pero habiéndonos formado de modo que no podamos subsistir sin él, ¿no es este otro testimonio aun mas claro? Este testigo, este juez de nuestras obras, palabras y pensamientos, necesario para nuestra felicidad, es una invictísima prueba de la existencia de un Dios, estampada en nuestro entendimiento y escrita en nuestro corazon.